

SAN GREGORIO III, PAPA Y CONFESOR

Día 28 de noviembre

P. Juan Croisset, S.J.

San Gregorio, tercero de este nombre, uno de los más dignos sucesores de San Pedro y uno de los Papas más valerosos en oponerse con fortaleza apostólica á todas las novedades que han perturbado la paz de la Iglesia, fue siro de nación, según la opinión más recibida, criado por Juan, su padre, en el sólido principio del santo temor de Dios, y educado en Roma en toda clase de literatura. Como el Señor le había prevenido con sus más dulces bendiciones, y se hallaba dotado de un ingenio sobresaliente, acompañados estos principios de un amor particularísimo á las letras, hizo maravillosos progresos, tanto en la virtud como en las ciencias, é igualmente hábil en las lenguas orientales que en la latina, y perfectamente versado que inteligente en las Santas Escrituras, se dejó ver el joven más cabal de su siglo. Promovido Gregorio á los órdenes sagrados, era el ornamento de todo el clero de Roma, en el que se distinguía notablemente por la santidad de su vida, por la pureza de sus costumbres, por su eminente piedad y por su grande sabiduría, correspondiendo la justificación de su conducta en todas las épocas á los nobles principios de su educación y á la consagración de su estado.

Vacó la Silla Apostólica por muerte de Gregorio II, que sucedió en el mes de Enero del año 731. Tenia necesidad por entonces la Iglesia de un pastor magnánimo y brioso, de un papa santo y sabio y de una cabeza visible capaz de oponerse á las execrables violencias que perturbaban la paz del rebaño de

Jesucristo; y como en Gregorio concurrían todos estos requisitos, por aclamación común de todo el clero y pueblo de Roma se hizo la elección en él, hallándose muy distante, por su profunda humildad, de apetecer honoríficos empleos. Consagrado en el jueves 22 de Febrero del año expresado, día de la Cátedra de San Pedro, desde el momento que se sentó en la Silla Apostólica acreditó con pruebas prácticas el acierto de su elección, y satisfizo con ellas el alto concepto que de su eminente virtud y de su gran sabiduría tenía formada la Iglesia de Roma. Las primeras atenciones de los desvelos del santo Pontífice se dirigieron á conservar la pureza de la fe católica, á socorrer todas las necesidades de la Iglesia, á la reforma del clero, á desterrar los abusos y á hacer que floreciese la justificación de las costumbres de su pueblo. El se empeñó con infatigable celo en la instrucción de los fieles, repartiéndoles el pan de la palabra divina, y en trabajar de continuo para mantener la doctrina ortodoxa contra el torrente de los vicios y los esfuerzos de la herejía. El demostró siempre grande desinterés y mucho amor á la pobreza, distribuyendo entre los necesitados todas sus facultades sin alguna reserva. La misma conducta usaba con los cautivos y prisioneros, satisfaciendo el rescate de aquéllos y las deudas de éstos con una caridad inmensa, mirando siempre con una compasión tierna á las viudas, á los pupilos y á los huérfanos, mereciéndose el renombre de padre de todas las necesidades por sus piadosos hechos.

Aunque bastaba la justificación de su conducta y la exactitud de su vigilancia pastoral en cumplir todos los deberes de su alto ministerio para brillar por su mérito, con todo, lo que le hizo más célebre en todo el orbe cristiano fue el valeroso tesón con que empeñó toda su autoridad y toda su reputación para tranquilizar las inquietudes que perturbaban la paz de la Iglesia; no

siendo fácil explicar el ardor y el celo verdaderamente apostólico con que se aplicó á sofocar todas las perniciosas novedades que se suscitaron en el Oriente.

León el Isáurico, que desde una miserable extracción había llegado á ser general del imperio, y á ocupar el trono del Oriente por los años 717, sostenía, á costa de inmensas crueldades, el error de los herejes iconoclastas que negaban el culto á las santas imágenes. Para dar una prueba nada equívoca del empeño que tenía en proteger tan perverso pensamiento, no contento con la sangre que hacía derramar á sus vasallos ortodoxos, no pudiendo atraer á su partido á las personas doctas, encargadas de su real biblioteca, las hizo encerrar en aquella pieza magnífica, y, mandando pegar á ella fuego, redujo á ceniza á los hombres más sabios de aquella época, el insigne monetario recogido á toda costa, innumerables pinturas y más de treinta mil volúmenes de la más preciosa antigüedad.

Gregorio, que supo esta execrable barbarie, y que le constaban las turbulencias que cada día causaba el furor de Isáurico en el Oriente, trató de remediar el daño, que creyó continuaría en lo sucesivo con mayores excesos, á cuyo fin le escribió con valor y fortaleza apostólica en los términos siguientes: *¿Quién os obliga, serenísimo Emperador, á volver atrás después de haber marchado con tan justos pasos en los primeros años de vuestro reinado? Decís ahora que es una idolatría honrar á las imágenes; habéis mandado arruinar su culto sin temor del juicio de Dios, que castigará algún día á los autores de tal escándalo. ¿Por qué no habéis consultado con hombres instruidos, piadosos y sabios? Debemos miraros como á un hombre sin literatura, grosero é ignorante; y por esta razón nos creemos en la precisión de hablaros con fuerza, pero con verdad. Dejad vuestra obstinada persuasión, y escuchadnos con humildad. Las*

decisiones de la Iglesia no pertenecen á los emperadores, sino á los obispos; los que, así como establecidos para ello, no se mezclan en los negocios temporales, tampoco los emperadores deberán mezclarse en los eclesiásticos, sino contentarse en disponer de aquellos que les están confiados. Nos habéis escrito sobre juntar un Concilio ecuménico, pero no lo juzgamos á propósito. Vos mismo, que sois el autor de la alteración y de la inquietud, conteneos y todo el mundo estará en paz. Tranquilizadas estaban las Iglesias cuando encendisteis el fuego de la división.

Para llevar esta carta á León diputó el santo pontífice á un presbítero llamado Gregorio, quien, sabiendo que estaba concebida con un vigor extraordinario, no se atrevió á presentarla; cuya timidez fue causa de que, á su regreso á Roma, tratase el Papa de degradarle; bien que, templado su justo enojo por los prelados del Concilio que congregó en Roma para deliberar en el asunto, se le impusieron las correspondientes penitencias, volviéndole á enviar á Constantinopla en el año siguiente, que era el de 732, con la misma carta, y otra no menos fuerte, y con la determinación del Concilio contra los herejes iconoclastas. Viendo el Emperador, por la lectura de aquellos documentos, lo que el Papa y el Sínodo de Roma habían hecho para mantener el honor y el culto de las santas imágenes, creyendo que en esto se le hacía la mayor injuria, mandó arrestar al legado, al que hizo sufrir muchas injurias y malos tratamientos de una dura prisión, renovando desde entonces con mayor violencia que antes la persecución contra los ortodoxos [los católicos con verdadera fe]; con lo que no satisfecho, resolvió enviar á Sicilia un ejército para apoderarse de los bienes que tenía allí la Iglesia de Roma, y causar otras violencias; bien que la armada que equipó para esta expedición naufragó en el mar Adriático. No se acobardó el valor

del santo pontífice á vista de semejantes violencias, ni de las que amenazaba hacer el Emperador en lo sucesivo; antes bien, en contraposición de su locura, ocupaba en Roma á los más diestros pintores y escultores en fomentar las pinturas y estatuas, con las que ordenaba las iglesias y capillas, á fin de mantener de todos modos el honor debido á las santas imágenes. También juntó un nuevo Concilio, en el que asistieron noventa y tres preladados del primero y segundo orden, todo el clero, cónsules y nobleza, romana; y á presencia de todo el pueblo, que fue testigo de cuanto se determinó en aquella célebre asamblea, se fulminó excomunió contra todos los que destruían, impugnaban ó manifestaban irreverente menosprecio á las santas imágenes. Sobre lo cual se formó una constitución aparte, la que envió Gregorio al Emperador por medio de Constantino, defensor ó director de las rentas de Roma, á fin de atraerle á verdadero conocimiento. Pero estuvo tan ajeno de reconocer su error el impío príncipe, que dio orden de reducir al legado á una estrecha prisión en Sicilia, en la que permaneció cerca de un año. No se intimidó el espíritu del santo papa con este desgraciado suceso; pues revestido con aquella fortaleza que constituye el carácter de los verdaderos sucesores de San Pedro, resolvió oponer hasta el fin todo el poder apostólico al de un emperador que abusaba del suyo indignamente; para lo cual, en el año siguiente, envió un nuevo legado, que fue Pedro, también defensor de las rentas de Roma, el que no fue tratado más favorablemente que sus predecesores. Y queriendo además el valeroso papa testificar el respeto que tenía á las santas imágenes, juntó cuantas pudo haber é hizo construir una famosa capilla en la iglesia de San Pedro, donde las colocó primorosamente, estableciendo allí una fiesta general en honor del Salvador, de la santísima Virgen, de los apóstoles, mártires, confesores y vírgenes.

No fueron solos los enemigos del Oriente los que ejercitaron la virtud y el sufrimiento del santo pontífice. Fatigado en reparar aquellas execrables violencias, se vio reducido con el pueblo romano á fatales extremidades, cuando Luitprando, rey de los longobardos, persiguiendo á Transamundo, duque de Espoleto, que se había refugiado en Roma, sitió la ciudad y saqueó la gran iglesia de San Pedro con otros templos. Aunque en iguales casos acostumbraban los papas valerse del auxilio de los emperadores del Oriente, por no comunicar Gregorio con un excomulgado, ni verse en la precisión de condescender con el impío empeño de León, recurrió á Carlos Martel, entonces regente del reino de Francia, á quien envió una honrosa legacia, y escribió muy respetuosas cartas, dándole el título de Cristianísimo, del que se han servido después los reyes de Francia, enviándole las llaves del sepulcro de San Pedro, por cuya insignia, que conceden los papas á los soberanos católicos, los creen camareros del Príncipe de los apóstoles y defensores de la Iglesia; estrechándole por todos estos medios á que le asistiese en la urgente necesidad con toda prontitud. Tuvo Carlos Martel alguna dificultad en romper con los longobardos, que eran aliados de la corona de Francia, los cuales le habían servido, últimamente en sus expediciones contra los sarracenos; pero, sin embargo, movido de las sabias, celosas y nerviosas instancias de Gregorio, se resolvió á satisfacer sus súplicas y librar á Roma de la opresión.

Acabó por aquel tiempo infelizmente sus días el emperador León, y le sucedió en el trono su hijo Constantino, llamado Coprónimo, porque cuando se bautizó se inficionó con la inmundicia de su cuerpo la pila bautismal; dicho también Caballino, porque acostumbraba frecuentemente á cubrir su cuerpo con el estiércol de los caballos. Hizo éste mucho favor á su padre en las impiedades, y sobre todo en el odio contra

las santas imágenes, y tuvo que batallar nuevamente contra él Gregorio, viéndose en la precisión, por último, de separarle del gremio de la Iglesia á vista de su incorregibilidad y crueles atentados.

En medio de la universalidad de estos cuidados halló el santo pontífice tiempo para atender á los más útiles establecimientos, y no le faltaron fondos para construir, reedificar y enriquecer muchos templos; prueba grande de un corazón dilatado y de una piedad eminente. Consultado por San Bonifacio, apóstol de Alemania, sobre varios puntos, le dio en sus respuestas los más sabios y prudentes reglamentos para mantener la fe y para conservar la disciplina eclesiástica en las provincias de más allá del Rin. También hizo nuevos establecimientos de obispados é iglesias en Alemania, y autorizó cuanto había ejecutado San Bonifacio. Asimismo renovó algunas santas ceremonias instituidas por San Gregorio el Magno, que estaban abolidas; y ordenó que del patriarcazgo se proveyesen luces y demás necesario para las Misas que se dijese en los cementerios de los mártires en los días de sus festividades.

Finalmente, debilitada su salud á fuerza de sus continuos trabajos, quiso Dios premiar sus grandes merecimientos llevándole para Sí en el día 28 de Noviembre del año 741, después de haber gobernado la nave de la Iglesia diez años y cerca de nueve meses. Su cuerpo fue sepultado en el Vaticano, y sobre su sepulcro se labró en lo sucesivo una bóveda pintada á la mosaica. Consérvanse siete cartas de este insigne Papa; pero la colección de veintitrés cánones en forma de pontifical, sacados de los Padres antiguos y Concilios sobre varios pecados y sus remedios, que se han publicado bajo su nombre, la estiman algunos críticos por obra de mano más reciente.

La Misa es en honor de San Gregorio, y la oración la siguiente :

Concédenos ioh Dios omnipotente! que la venerable solemnidad del bienaventurado San Gregorio, tu confesor y pontífice, aumente en nosotros la devoción en el alma, y en el cuerpo la salud. Por Nuestro Señor, etc.

La Epístola es del cap. 14 y 45 de la Sabiduría.

He aquí un sacerdote grande, que en sus días agradó al Señor, y fue hallado justo, y en el tiempo de la cólera se hizo la reconciliación. No se halló semejante á él en la observancia de la Ley del Altísimo. Por eso el Señor, con juramento, le hizo célebre en su pueblo. Dióle la bendición de todas las gentes, y confirmó en su cabeza su testamento. Le reconoció por sus bendiciones, y le conservó su misericordia, y halló gracia en los ojos del Señor. Engrandecióle en presencia de los reyes, y le dio la corona de la gloria. Hizo con él una alianza eterna, y le dio el sumo sacerdocio, y le colmó de gloria para que ejerciese el sacerdocio, y fuese alabado su nombre, y le ofreciese incienso digno de Él en olor de suavidad.

REFLEXIONES

Los varones justos, aquellos hombres dichosos que, correspondiendo á las magníficas gracias que derrama Dios sobre sus almas, se labran una corona de santidad heroica, no ciñéndose solamente á su propia santificación, sino procurando con igual desvelo la de sus hermanos, son engrandecidos por el Espíritu divino de una manera tan sublime, que arrebatan todas nuestras admiraciones. He aquí el sacerdote grande que en su tiempo agradó á Dios, y fue encontrado justo, dice algunas veces, ensalzando con el epíteto de grande á una miserable criatura, que delante de Dios es lo mismo

que si no fuera. Esta felicidad, esta gloria á que suben los justos, es sin duda ninguna digna de nuestras reflexiones, para que el corazón del hombre, naturalmente inclinado á obtener elogios unánimes y magníficos, quede convencido de que el verdadero camino de lograrlos es la práctica de las virtudes. Pero hoy debe reflexionar el cristiano en la Epístola que aplica la Iglesia á San Pedro de Osma un carácter que hace á los justos más admirables, y cuya consideración debe producir efectos más provechosos. Este gran sacerdote, dice el Espíritu Santo, fue la reconciliación del pueblo para con Dios, cuando este Señor tenía justamente levantada la espada de su venganza. En estas palabras se atribuye al varón justo el oficio de pacificador, y una prudente reflexión persuade que no pudiera derramar la paz en el pueblo reconciliando á los fieles con su Señor ofendido, si él mismo no tuviese una suma tranquilidad en su alma. En efecto, la cualidad de amigos que da Dios á sus siervos en justa recompensa de haber cumplido sus Mandamientos, nos manifiesta que tienen todas las prendas necesarias para merecer esta grande honra, que no se puede conseguir sin haber acallado primero todo el tumulto de las pasiones.

Un Rey pacífico, un Príncipe de paz, que vino á este mundo á derramarla sobre los hombres, como anunciaron los ángeles en la noche de su nacimiento, no puede tener amistad ni hacer participante de su amor á quien no sea semejante á El en estas apreciables cualidades.

El Evangelio es del cap. 25 de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos esta parábola: Un hombre que debía ir muy lejos de su país llamó á sus criados, y les entregó sus bienes. Y á uno dio cinco talentos, y á otro dos, y á otro uno, á cada cual según sus fuerzas, y se partió al punto. Fue, pues, el que

había recibido los cinco talentos á comerciar con ellos, y ganó otros cinco; igualmente, el que había recibido dos, ganó otros dos; pero, el que había recibido uno, hizo un hoyo en la tierra, y escondió el dinero de su señor. Mas, después de mucho tiempo, vino el señor de aquellos criados, les tomó cuentas y, llegando el que había recibido cinco talentos, le ofreció otros cinco, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste, he aquí otros cinco que he ganado. Díjole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor. Llegó también el que había recibido dos talentos, y dijo: Señor, dos talentos me entregaste, he aquí otros dos más que he granjeado. Díjole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor.

MEDITACIÓN

Sobre la paz de los justos.

PUNTO PRIMERO.—Considera que los justos, en premio de su justicia, esto es, de las santas obras con que procuran el cumplimiento de los divinos preceptos, son remunerados por Dios con una paz y tranquilidad de alma que les hace en este mundo muy semejantes á los bienaventurados. Esta verdad la conocerás más perfectamente si llegas á formar idea de lo que es esta paz de que hablamos. San Agustín (*Sermón 57 de Verb. Dom.*) la define en pocas palabras, de una manera tan clara y tan precisa, que la hace no solamente conocer, sino también amar. *La paz, dice, es una serenidad de la mente, una tranquilidad del ánimo, una simplicidad del corazón, un vínculo de amor y una participación de caridad.* En esto mismo da á entender que el justo no padece en su entendimiento aquella terrible lucha de dudas y opiniones que le hacen dudosa su felicidad. No

tiene su corazón dividido por la muchedumbre de deseos que agitan al pecador, y le despedazan con unas esperanzas que jamás puede ver logradas. No padece aquellas angustias y congojas que causan los artificios con que los hombres mundanos se ven precisados á disimular en el semblante las turbaciones interiores de su conciencia. Por el contrario, gozan de todos los frutos que derrama la simplicidad en aquellos que proceden con ella en todas sus obras.

Por eso dice San Agustín (*Lib. 49 de Civit. Dei, cap. 11*) que el bien de la paz es un bien tan apreciable, que en todo lo criado no hay cosa que suene tan agradablemente en nuestros oídos, ni que se apetezca con más delicia, ni que se posea con mayor utilidad; y con razón, porque la paz interior del alma es señal de una perfecta reconciliación con Dios, y una prenda de la amistad verdadera que el Señor tiene con los justos. Esta consideración debe inflamar tu voluntad, llenándola de santos deseos de disfrutar la paz de los justos; pero no te olvides de que un beneficio tan supremo no se concede sino á los hombres de buena voluntad.

PUNTO SEGUNDO.---- Considera que el bien de la paz interior del alma no se puede lograr de otra manera que con la práctica de la virtud.

Toda la historia de las acciones humanas nos prueba con evidencia que el móvil de las grandes empresas de los hombres ha sido siempre la consecución de una paz que se han propuesto en la obtención de sus deseos.

Todos ellos se persuaden neciamente que, luego que lleguen á conseguir aquello que pretenden, calmarán los deseos de su corazón, y sucederá á las inquietudes que le agitaban una dulce paz en que todo será delicia, todo gusto y regocijo. Creen que nada bastará á inquietar sus

almas, y, poseído aquel objeto, mirarán todos los demás con desprecio, ó á lo menos con indiferencia. Pero la experiencia misma nos enseña que, lejos de ser así, se han visto nuevamente inquietados por otros deseos, que atormentan el corazón tanto ó más que los primeros. La consecución de la dignidad, de la honra, de las riquezas ó del objeto amado no es otra cosa que un paso dado en un camino interminable; la posesión de una sola gota de agua para el hidrópico, que quedaría sediento aun después de haber bebido, siendo posible, los ríos y los mares.

De todo esto se infiere que la paz del corazón no se puede encontrar sino en solo Dios, ni se puede obtener sino con la práctica de la virtud. Por eso decía San Agustín: *Nos hiciste, Señor, para Ti, y siempre estará inquieto nuestro corazón mientras no descansa en Ti.* Dios es la fuente de todo bien, es el cúmulo de todas las felicidades, es un océano inmenso de delicias; de consiguiente, sólo El es capaz, de completar todos nuestros deseos, de satisfacerlos, de llenarlos, y aun de excederlos infinitamente. A la posesión de este soberano bien no se llega por otro camino que el de la virtud. El que practica ésta, coloca en ella todo su bien, todo su tesoro y sus delicias. Ella le estrecha y le une con el mismo Dios, es una maestra que le enseña lo perecedero de todos los bienes del mundo, y lo falaz de todas sus esperanzas. Y, últimamente, la virtud es la que causa la verdadera paz del alma, sosegando la inquietud de sus deseos, reduciéndolos, á un solo objeto, que es Dios, y causando una paz y tranquilidad de que solamente disfrutan los justos.

JACULATORIAS

Dios mío, los que aman y ejecutan vuestras santísimas leyes, son los que gozan de una paz dulcísima

y permanente.—*Ps.* 118.

Supuesto, pues, que por la fe hemos logrado el incomparable beneficio de ser justificados y reconciliados con nuestro Dios, tengamos paz con nuestros hermanos, y asimismo dentro de nuestros corazones con nuestros apetitos, sujetándolos á su santa voluntad y haciéndolos servir á nuestra santificación.—*Rom., c. 5.*

PROPÓSITOS

No puede ser que se consideren los bienes de la virtud con viveza y madurez, que se fije la atención en el sosiego interior que logran los virtuosos, sin que nazcan dentro de nuestro pecho unos ardientes deseos de gozar beneficio tan soberano. ¡Con qué envidia no leemos las vidas de los santos cuando en ellas encontramos aquella paz imperturbable con que se mantenían en medio de la pobreza, de la desnudez, de las persecuciones, y aun en medio de los tormentos que les quitaban la vida! Todos quisiéramos ser como ellos; desearíamos tener sus oídos para oír nuestras injurias; tener sus ojos para mirar como ellos los bienes de la Tierra; y, últimamente, su corazón para poseer aquella fortaleza con que reprimían todas sus pasiones, y aquella docilidad con que recibían las impresiones de la gracia. Una leve desazón con la familia turba todas nuestras operaciones; una leve falta del hijo ó del criado enciende la ira y pone en nuestros labios los baldones y las amenazas; una injuria venial que nos haga nuestro prójimo nos irrita y nos provoca á la venganza; los mismos bienes de fortuna nos desasosiegan y agitan sólo con no poseerlos. ¿No es esto una verdadera infelicidad, una miseria lamentable y un abismo de desdichas? ¿De qué te sirve ese puesto encumbrado, ni el tener en tu mano la suerte de tantos hombres, si á ti mismo te fabricas una suerte desdichada? ¿De qué te

sirve esa riqueza, esa opulencia, ese lujo, si nunca estás contento, si la risa de tu rostro desmiente los pesares de tu corazón, y en medio de esos bienes de fortuna eres verdaderamente desafortunado? Propón desde hoy dedicarte á la virtud, y verás trocada milagrosamente tu suerte.